

urdimbre de un Concilio verdaderamente jesuítico en sus últimas sesiones; que ha detenido todo el movimiento democrático de la cristiandad y que ha fundado, para desgracia de Europa y con pesadumbre de los buenos, el triste absolutismo eclesiástico. Aquel Pontificado tridentino, que recibe directamente su autoridad espiritual de Cristo y que obliga con imperio al Concilio á que dispute días y días sobre quién ha de mandarle las bocanadas del incensario y quién ha de sostenerle la imperial cola de sus pomposas vestiduras; aquel Papa, que convierte los obispos en prefectos ó delegados de su autoridad soberana, queda reducido á una especie de triste demiurgos, ó ejemplar del absolutismo á que se ajustan y modelan reyes como Felipe II y Luis XIV, los cuales acabaron bajo la máquina neumática de sus respectivas coronas con el alma de los pueblos.

¡Qué reaccion! ¿Dónde se hallan aquellos pintores, que han despertado el ideal? Diríase, al verlos desaparecer todos juntos en la segunda mitad del siglo décimosexto, que les ha sorprendido el jesuitismo, como sorprenden las frecuentes heladas de marzo y sus cierzos á las madrugadoras flores del almendro y á las recién nacidas mariposas. La epopeya de Ariosto, epopeya en que se desborda la regocijante alegría que da el vivir, se sustituye con aquella triste y arqueológica epopeya de Tasso, en que se canta una victoria desmentida por los hechos sobre aquella Jerusalem cautiva de los turcos. En vez de los jardines florentinos, con sus plátanos del Pireo y de la Agora traídos á las orillas del Arno, bajo cuyas ramas departen los platónicos y cincelan sus joyas y sus bajos relieves los artistas; en vez de toda la divina increíble apoteosis del genio, los calabozos y potros y tormentos de Galileo con las voraces llamas que consumen á Bruno y á Vanini. La fe antigua se apaga en la mecánica del organismo puramente monástico, que todo lo aguarda del silencio y de la obediencia, y nada espera de la voluntad y del pensamiento. El poeta de la reaccion católica, el Tasso, aunque canta la teología cristiana y las victorias eclesiásticas, apenas cree ¡infeliz! en la divinidad del Cristianismo. Nacido en Sorrento, desde cuyas alturas se descubre la mas bella region y los mas hermosos panoramas del planeta, léjos de copiarlos en su poema, inventa los contrahechos y embusteros y teatrales jardines de Armida, tan alejados por los artificios del arte, de los senos del Universo. Así no es

mucho que á la grande astronomía de Copérnico, el cual sorprendió su nuevo sistema del mundo á principios del siglo décimosexto con humilde anteojo colocado en la tierra del Foro, suceda la triste alquimia de Cardano, que cree poder descubrir los secretos mágicos de la tierra poniéndose una esmeralda en guisa de sortilegio á la frente; y que al coro de artistas rafaelianos, parecido á una bandada de ruiseñores celestiales, sucedan los artificiosos y decadentes como los Carrachios, como los Guidos, como los Albanos, como los Jordanes, que solo aciertan todos ellos, en su eclecticismo, á darnos del arte el mentido artificio tan alejado de la realidad como del puro y sublime ideal, cuyo brillo solo puede resplandecer en las regiones celestiales del alma emancipada y libre. Las artes son ya todas cortesanas; las esculturas ya se parecen todas á las violentas é incorrectísimas estatuas de los jardines de Versalles ó de los intercolumnios del Bernino; la frialdad del Escorial, erigido en recuerdo de las guerras religiosas, penetra por los huesos del género humano; la Florencia ateniense de los Médicis republicanos se afea é hincha bajo el cetro de los Médicis monarcas; la triste Alemania se ve condenada por los conjuros jesuíticos del Austria imperial á las campañas de los treinta años; la todavía mas triste Italia se halla reducida por sus Papas absolutos y sus régulos, condotieros de los Papas, á una servidumbre tan horrorosa como la muerte; nuestra España se precipita desde sus empresas fabulosas y desde sus descubrimientos mitológicos á los piés del hechizado é impotente Carlos II; apodéranse de Inglaterra los Estuardos que quieren esclavizarla para perderla; y la tea de la discordia religiosa calcina en voraces llamas el cuerpo de la cristiandad y oscurece con espesísima humareda toda su alma.

Nada muestra tanto la diferencia entre los tres momentos del Cristianismo, el momento franciscano; el momento florentino, mejor dicho, de Savonarola; y el momento jesuítico, mejor dicho, de San Ignacio. ¡Qué diferencia entre la Iglesia de Asís y la Iglesia de Jesus! ¡Aquella se levanta en el sitio, donde San Francisco oía las albas de las alondras al amanecer y las serenatas de los ruiseñores por la noche, compitiendo con esas avecillas en las dos Aves-Marías, que surgen, místicas oraciones, como las dos estrellas de la mañana y de la tarde, mientras la Iglesia del *Gesu* ¡triste coincidencia! se levanta sobre los espacios del templo de Belona, es decir, del templo de

la guerra, en cuyas puertas sacrificó Sila, el fundador de esa dictadura perpetua, heredada por los Papas, seis mil prisioneros, tristísimos holocaustos á sus odios y á sus venganzas. Cuando entráis por las puertas de las iglesias de Asís, creéis entrar en el etéreo cielo de las puras ideas místicas. El espíritu se recoge dentro de la iglesia subterránea, en sus sombras, como la semilla dentro del surco y bajo la escarcha del invierno. Pero luego, cuando subís á las dos iglesias superiores, y entre las ojivas de mármoles y los vidrios compuestos de verdaderos iris, junto á las estrellas de las techumbres veis, aquí los ángeles que baten sus alas, allí los mártires que agitan sus palmas, acullá las vírgenes que suben al Empíreo sobre nubes argentadas como lunas llenas, mas léjos los doctores que leen la verdad absoluta en sus libros y los querubines que ascienden al eterno solio llevándole á una los ecos de los cánticos terrestres en sus labios y el incienso de las flores en sus manos como tributos de las criaturas al Criador; entre todos aquellos seres ideales encarnados en la realidad por el verbo divino de las artes, grupos de figuras místicas ordenadas en las paredes y en las bóvedas á la manera que se ordenan los astros en las constelaciones del firmamento; como todas estas creaciones han surgido completamente de la fe pura y se han levantado en alas de la oracion á la cima de lo ideal, os traen lo infinito al corazon y á la mente; os transfiguran con sublime transfiguracion allá en el cielo católico cual si os desciñeráis de lo limitado y de lo contingente; os elevan á la bienaventuranza y os patentizan la idea de Dios y de sus revelaciones eternas. Pero si entráis en la iglesia de Jesus ¡qué materialismo y qué falta de fe! ¡Cómo se parece aquello á todas las antiguas construcciones profanas! ¡Cómo muestra la materializacion completa del etéreo espíritu cristiano. Grande, muy grande la nave, pero con la grandiosidad de las termas de Caracalla ó Diocleciano. El arte de Vignola seguramente le ha dado proporciones matemáticas; pero ninguna idea le ha dado. Si quisierais rezar allí, la oracion se congelaría en vuestros labios, dentro de sala tan aparatosa y teatral. Casi todo es jesuítico, obra de la misma compañía. Un cardenal, sobrino del Papa que canonizó á Ignacio, deja y manda las sumas necesarias para la edificacion; otro jesuita, Grassi, sino la idea, termina la traza; y otro jesuita, Pozzi, pinta la techumbre principal de la primera nave. Columnas corintias, mármoles y jaspes incrus-

trados por todas partes, bronce aureos, estatuas argenteas, frescos de aparato, sepulcro del Santo lleno de rica y costosa pedrería, su efigie vaciada en plata; un globo de lápizlázuli, el fragmento mayor y mas rico de tan cara materia; toda la copia de preciosidades que muestra la materialidad del poder y la materialidad del dinero, sorprenden, porque revelan cuán poderosos han sido y cuán potentados aquellos hijos del que hiciera voto eterno de pobreza en la gruta de Monserrat; pero, cuán destituidos de lo único que obra milagros, y eleva las almas, y somete las generaciones y vence al tiempo, y se confunde en la eternidad ¡oh! cuán destituidos del ideal y de la fe viva en ese ideal, y cuán adoradores de la materia y de la fuerza!